

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 274

Este día le pertenece al Amor. Hoy no tendré miedo de nada.

Comentario de Sarah:

¿Estamos preparados para un día que pertenezca enteramente al amor, un día que pertenezca a Dios? Si no es así, ¿podemos estar contentos y satisfechos de estar en este viaje de aprendizaje en el que Jesús nos muestra cómo se puede lograr ese día? Por nuestra cuenta, con el ego como guía, ponemos nuestro cuerpo a su servicio. Creemos saber lo que necesitamos para nuestra felicidad y enviamos al cuerpo a misiones desesperadas en busca de objetivos triviales. No sabemos lo que más nos conviene. Estamos confundidos sobre lo que es doloroso y lo que es placentero. El ego lo quiere así y nos mantiene buscando lo que no se puede hallar. A medida que nos dirigimos más y más al único Maestro, que sí sabe, se nos da orientación sobre dónde ir, qué hacer, qué decir y a quién. Esto requiere preguntar, escuchar y seguir en todo lo que hacemos.

Tener un día en el que prevalezca el amor requiere que aprendamos a recorrer este camino con nuestro hermano, extendiendo “**el amor de un hermano hacia su hermano y Amigo.**” (L.274.1.1) En otras palabras, al ver al Cristo en nuestro hermano, llegamos a conocer también nuestra propia inocencia. Somos Uno. No tenemos intereses separados. Sólo hay amor y nada más. Sólo en este reconocimiento recordamos nuestra realidad. Así, experimentamos la quietud y la paz en nuestro interior. Nuestra decisión de escuchar la voz del ego bloquea esta experiencia de la conciencia, pero podemos decidir que nos hemos equivocado y hacer otra elección. A medida que empezamos a reconocer que hay otra forma de ver todo, nos volvemos dispuestos a pedir el milagro ante cualquier problema que nos parezca encontrar.

Es posible que un día de tranquilidad imperturbable aún no sea factible porque tal vez no estemos preparados. En otras palabras, nuestro miedo es todavía demasiado prevalente. Puede que aún no estemos lo suficientemente motivados para acudir al Espíritu Santo en cada momento. Puede que Dios no sea todavía nuestro único objetivo indiviso. Esto no es motivo de autojuicio o desánimo, ya que Jesús nos recuerda continuamente que los acontecimientos de nuestra vida son un aula perfecta para deshacer la mente errada. Nos dice que la paz y la tranquilidad constantes están siempre disponibles en cada momento cuando estamos preparados para ello. El resultado de nuestro viaje en este camino hacia la iluminación está garantizado. Es seguro que alcanzaremos la paz perfecta porque ya se ha logrado y sólo ha estado esperando nuestra aceptación. Sólo tenemos que seguir haciendo nuestra parte. No necesitamos compararnos con nadie ni utilizar a nadie como medida de nuestro propio progreso. Hacerlo es simplemente centrarse en nuestras carencias y necesidades percibidas y crucificarnos a nosotros mismos. Por eso, rezamos: “**Padre, hoy quiero dejar que todas las cosas sean como Tú las creaste...**” (L.274.1.1) Dejamos que todas las cosas sean exactamente como son. El punto en el que nos encontramos en nuestro camino es para lo que estamos preparados en este momento. No hay razón para la auto-recriminación o la culpa, que es la respuesta del ego a

nuestra percepción de falta de progreso en este camino. Es importante recordar que Jesús dice que somos incapaces de juzgar lo que ganamos con nuestros retrocesos. Lo que yo llamo un retroceso puede ser donde he obtenido la mayor ganancia. Así, podemos estar contentos de que todo esté perfectamente orquestado para nuestro mayor bien.

Logramos un día de tranquilidad, quietud y paz aprendiendo a descartar nuestras perturbaciones a lo largo del día. ¿Qué son estas perturbaciones? No son más que nuestros propios pensamientos en relación con el significado que le damos a los acontecimientos y situaciones que surgen en nuestro día. Y cuando surgen estos pensamientos, ¿qué debemos hacer? Lo más útil que podemos hacer en ese momento es detenernos, dar un paso atrás, respirar y dirigirnos al Espíritu. Y cuando surjan los sentimientos, dedicar tiempo a estar con ellos y preguntar por su origen. El origen de nuestros sentimientos siempre son los pensamientos que tenemos en la mente basados en creencias. ¿Qué estás sosteniendo como una creencia para que surjan estos sentimientos? ¿Qué estás proyectando en los demás? Date cuenta de que, sean cuales sean los juicios que pongas sobre tu hermano, hay alguna forma de autocondena. Se nos invita a aceptar la responsabilidad de nuestras reacciones y juicios por tener su origen en nuestras propias mentes no sanadas. Ahora llegamos a un lugar de aceptación de todo como útil para nuestra curación. Con la voluntad de ver que nos hemos equivocado en nuestras interpretaciones, pedimos la ayuda del Espíritu Santo para que nos dé Su interpretación. Sólo mi propia mente da fuerza y poder a los pensamientos que sostengo. Nos recordamos a nosotros mismos hoy, con cada situación perturbadora: **“Este día le pertenece al Amor. Hoy no tendré miedo de nada.”** (L.274)

Podemos preguntarnos cómo es posible ver la inocencia en nuestros hermanos, que parecen traicionarnos, herirnos, exigirnos o atacarnos. ¿Cómo podemos verlos con los ojos de Cristo, que es ver su pureza? En última instancia, empezamos por reconocer que son nuestros propios juicios los que imponemos sobre nuestros hermanos por sus pecados. Todo lo que proyectamos sobre ellos se origina en nuestra propia mente. Por lo tanto, seguir juzgando a alguien es hacernos daño a nosotros mismos. Sólo vemos en los demás nuestro propio auto-juicio y auto-ataque. El amor sólo ve la inocencia, independientemente de los comportamientos exhibidos, y cuando vemos la culpa, es nuestra propia culpa proyectada. Sin embargo, con cada bendición que damos a un hermano, en lugar de juzgarlo, damos un paso en la dirección de ver verdaderamente quién es y así reclamar nuestra propia impecabilidad.

¿Por qué no conocemos ahora la verdad sobre nosotros mismos? La verdad es desconocida porque nos hemos encadenado a nuestro especialismo. En otras palabras, somos rehenes del ego en lugar de ser anfitriones de Dios. Somos rehenes de nuestros pensamientos obsesivos. El especialismo parece algo bueno en el mundo, pero Jesús tiene una perspectiva diferente. El especialismo no sólo nos aparta, sino que nos pone por encima de nuestros hermanos. Es ganar a costa de alguien. Es un sistema de pensamiento de "uno o el otro". Este sistema de pensamiento es el que estableció nuestras identidades separadas por la creencia de que aniquilamos a Dios. Es un sistema de pensamiento en el que el Hijo de Dios hizo la guerra contra su Padre. Es un sistema de pensamiento de ganar o perder. Dios tuvo que perder para que nosotros ganáramos nuestra identidad separada. Ahora traemos este sistema de pensamiento a cada encuentro y cuando lo hacemos, ponemos nuestras propias necesidades por delante de las de nuestro hermano. Todo trata sobre regatear para satisfacer nuestras necesidades.

Nada de esto nos hace culpables. Jesús dice que lo único que ha sucedido es que hemos dejado de ganar. **“En esto el engaño es doble, pues el que se ha dejado engañar no sólo no se dará**

cuenta de que simplemente no ha ganado nada.” (L.133.9.3) En otras palabras, queremos mantener la culpa y sufrir como una forma de mantener nuestra identidad separada y nuestro especialismo. Esto es lo que pensamos que ganamos en la separación de Dios. Cuando vemos que acabamos de cometer un error y estamos dispuestos a asumir la responsabilidad retirando toda la culpa de nuestro hermano, nos volvemos dispuestos a ver nuestra propia mente como la causa de nuestra experiencia. Ahora podemos tomar una decisión diferente. Podemos utilizar cada situación para sanar. Podemos permitir que todas las cosas sean exactamente como son. Al honrar a nuestros hermanos, vemos nuestra igualdad con ellos, y con cada unión con un hermano, sanamos la creencia de que somos seres separados que compiten entre sí. Con cada oportunidad que tenemos de llevar nuestras percepciones erróneas de nuestro hermano a nuestras propias mentes para sanarlas, reclamamos la Unicidad que se refleja en este mundo como igualdad.

Nuestro camino hacia Dios es extendiendo el amor, las bendiciones y, sí, el honor a nuestros hermanos. Les damos el aprecio que merecen por ser quienes son en su creación. Con el amor, no puede haber miedo. La elección por el amor echa fuera todo miedo. En el centro de nuestra identidad, y de la identidad de todos nuestros hermanos, está la inocencia divina, que es el amor de un hermano por otro hermano en el reconocimiento de nuestra igualdad y el reconocimiento de nuestro Amigo. Amar a Dios es amar a nuestro hermano. Así, cuando dedicamos un día a Dios, lo estamos dedicando a nuestros hermanos. Cuando damos un día comprometido con el perdón, que es un reflejo del Amor de Dios, experimentamos la paz, la alegría, la paciencia, la dulzura y el contento, que es nuestra herencia. Nuestro ensimismamiento con nuestros problemas y con nuestra singularidad y especialismo es lo que nos impide extender el amor porque nuestras necesidades y problemas están en primer plano. Cuando vemos que los intereses de nuestro hermano son los mismos que los nuestros, nos unimos a las filas de los maestros de Dios.

Hoy, nuestro objetivo es hacer espacio para que las bendiciones se extiendan a través de nosotros. Establece tu intención de entregar este día a Dios, y cada vez que surjan pensamientos de miedo, o cualquier sentimiento de consternación, desánimo o depresión, permite que se entreguen para que el Espíritu Santo los desconecte. Recuérdate a ti mismo que el Amor es tu meta hoy y, por lo tanto, **“Hoy no tendré miedo de nada.”** (L.274) El miedo es una señal de que hemos elegido en contra del amor que somos. Es una señal de que hemos recurrido al ego como nuestro maestro. Sin embargo, lo maravilloso es la facilidad con la que podemos elegir corregir nuestro error y volver al amor. No importa cuánto tiempo nos lleve, siempre y cuando utilicemos el tiempo para su propósito de sanar la mente. Al final, empezamos a experimentar tanta alegría que no se basa en conseguir nada que creamos que nos satisfaga. Recordamos nuestro propósito. Recordamos por qué hemos venido aquí. Y todo lo que antes considerábamos importante empieza a desaparecer.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca